

La mariposa como fantasma de la oruga

Formas de la vida
y de la muerte en
los apuntes de
Elias Canetti



The skull of a suicide must roll in the dust until it has saved a life.

Elias Canetti



EFRÉN
GIRALDO

Las notas, aforismos y entradas de diario que especulan con una forma extrema de la vida —o de la muerte—, forman clase aparte en la gran colección de textos cortos del escritor búlgaro Elias Canetti (1905-1994). Es como si, llevando al universo del texto argumentativo propiedades que solo se creerían exclusivas de la literatura de imaginación, el autor construyera un tejido verbal que halla su porqué en la exploración de lo imaginable y la reforma de las costumbres.

Esto contradice la idea de que los textos ensayísticos, género al que pertenecen los apuntes, no son representaciones, por la extendida creencia de que se refieren solo al mundo de las ideas, y no al de las acciones y los objetos. Tal vez, cuando Canetti dice que “las frases muy breves son las mejores cuando se trata de la muerte” no está queriendo decir que sus apuntes contengan su tema, ni que sean su copia. Simplemente, conmemoran a modo de “estelas entre escombros”, y apelan a un lector dispuesto a una interrogación vital, no retórica. Los apuntes de los que aquí hablamos son, sobre todo, proposiciones.

Y es que hay otra tradición, aquella que ve en las formas de argumentación artística una conexión profunda con las vivencias y las emociones intelectuales. El texto argumentativo de Canetti no tiene, en este sentido, nada que envidiar a la trama narrativa, a la organización dramática o a la invención

poética que nos estimulan como lectores. Y por ello, podemos ver que en los apuntes se levantan “mundos posibles”, si es que quisiéramos usar un término tradicionalmente usado para describir a la ficción. Estos textos ofrecen una oportunidad inmejorable para observar el encuentro entre estética y pensamiento social, entre agudeza antropológica, cultura científica y construcción poética. Por si fuera poco, los buenos libros de apuntes —pues también los hay malos y mediocres, o sencillamente extraordinarios, como el de Canetti, que es uno de sus referentes— nos cuentan su propia historia: la aventura de su consignación. En Canetti, el proceso de los apuntes es ambiguo en un principio. Surgen como ocurrencias útiles para trabajos posteriores. Pero después se convierten en una disciplina, en una práctica de fidelidad al pensamiento. Los apuntes son proyecto, pero luego se vuelven destino. Por ello, como en todos los grandes escritores, los textos breves, junto con las otras obras —Canetti escribió dramas, ensayos y una novela (*Auto de fe*)— se vuelven un solo libro, el único, aquel que el autor buscó durante toda su vida.

Resulta interesante, para una lectura de los apuntes en clave de invención social y antropológica, retomar la idea de Peter von Matt, según la cual el aforismo de Canetti tiene tanto de ancestral como de futurista. Acaso, a esto se refiera la idea sobre el apunte, la nota y el ensayo como formas de

crear una manera de vivir —y de morir—. Se trata de una propiedad que pone los apuntes en la tierra firme del arte literario y nos hace esperar del pequeño texto excelencias en la verosimilitud, en el estilo y, tal como señala Von Matt, en su capacidad para edificar una construcción “fantástica”. Esto revela en el proyecto la centralidad de la invención, que intenta crear realidades alternas con toda vividez, y que logra convertirse en una alternativa ante aquel, ya fosilizado por las convenciones. De ahí que muchos de los apuntes sean formulados bajo la forma de preguntas y condicionales, como si atendieran a la idea de que las teorías sobre lo social pueden evitar el autoritarismo solo cuando profundizan en su fuente de verdad y bien: la imaginación.

La más importante de estas nuevas opciones vitales enseñadas por los apuntes proviene de la muerte. Se trata, sobre todo, de abordar un condicionamiento esencial, para hacerle frente y explorar otras opciones: sabemos que moriremos, que podemos dar y quitar la vida, y de ahí nos vienen la cultura, la sociedad y la historia que tenemos. Imaginar una sociedad que no acoja a la muerte, y sea más bien su enemiga, es el proyecto que asoma en varios. Cuando empieza a compilar sus apuntes sobre la muerte, Canetti piensa en una novela donde un personaje sea conocido como “el enemigo de la muerte”. Pasa el tiempo, la novela no se escribe, y llega a entender que él mismo, como escritor de apuntes, es el verdadero enemigo de la muerte y que son sus textos breves y apelativos el único testimonio de su lucha.

De esta manera, los apuntes y las notas proponen también su tipo de ética, si atendemos a que, como género, buscan una relación con lo inmediato, con lo que puede haber de centelleante en el pensamiento y la ocurrencia. Son, como decía Ortega, “salvaciones”. Dice Canetti: “La más monstruosa de todas las frases: que alguien ha muerto *a tiempo*”. El apunte es producto de un sufrimiento: que lo apresado en palabras esté desapareciendo. Aún a riesgo de clichés, escribimos apuntes para no morir, para no

perecer en un plan que quizás no tendremos el tiempo de ejecutar. Se trata de una vieja idea que se remonta al humanismo renacentista, y según la cual la humana condición encuentra su mejor despliegue en las formas espontáneas de escritura, las inmediatas, las que captan el fluir de la conciencia y se regodean en los meandros del atisbo.

El destino editorial de los apuntes de Canetti, que en sus inicios podría compararse con un sumidero, es único en la historia de la literatura, pues si bien tienen su autonomía, nos muestran su indocilidad, su incapacidad para pertenecer a una obra más grande, a algo que los contenga, una vez los leemos como colecciones o libros. Esto parece conferirles independencia, pero a la vez los muestra entretejidos con un proyecto literario de magnas proporciones. Sabemos que, desde 1942, escribir apuntes, pensamientos, parábolas, pequeñas anécdotas y observaciones empezó a hacer parte del ejercicio cotidiano de Canetti y que esto ocurrió hasta el final de sus días. De ellos, se supone, debían salir los libros anhelados por el autor, como si fueran surtidores de las principales ideas y argumentos que iban a tener desarrollo más orgánico. Sin embargo, con el tiempo estas colecciones misceláneas, “cajones de sastre” como las llamó una vez Juan José Saer, lograron integrar, en su estado silvestre, los mismos libros por los que conocemos a Canetti, y que hoy se reconocen como obras maestras de la escritura contemporánea, aquella que supera géneros y no teme atender a la dimensión monstruosa y polimorfa del pensamiento.

A diferencia del fragmento, la nota o el escolio, los apuntes no anhelan una totalidad ausente o perdida. Son un pensamiento que está afuera, en las márgenes, y por ello luchan contra el imperio del sistema y la ilusión de coherencia, de manera semejante a como lo hace su hermano mayor, el ensayo. Es como si cada vez que se empezara a escribir una nota, se estuviera aspirando a la totalidad. Pero luego se le abandona y se afronta otro proyecto autosuficiente, que solo quedará realizado en pocas líneas, cuando se le deje

por otro, y así hasta que alcancen las fuerzas. “Todo cuanto *apuntamos* aún contiene un ápice de esperanza, por más que provenga de la desesperación”.

Sabemos, por el mismo Canetti, lo mucho que lo ilusionaba la idea de escribir cosas que no tuvieran relación entre sí, que fueran únicas. Y nada mejor para este propósito que elegir la forma más vecina de lo que no tiene nombre en los sistemas, de lo que anhela tener en la palabra su salto último para no ser silencio: un apunte. Quizás por ello los apuntes tienen reservada una extraña perplejidad a los lectores: no podemos demorarnos mucho en uno de ellos, debemos dejar de lado cada uno (olvidarlo) para poder pasar a otro. Morar en uno de ellos impediría disfrutar del éxtasis que viene en el otro. Los ojos están en uno pero se deslizan a la primera línea del siguiente sin haber terminado el anterior. Esta es, para quien lee con dedicación, rindiéndole justicia a la lógica de las anotaciones, la cara oculta de la tensión entre fragmento y sistema. No podemos habitar mucho en uno de estos pequeños mundos, pues no queremos privarnos de lo que nos depara el que viene.

Por eso, los transcribimos y los coleccionamos, como se hacía desde tiempos antiguos, cuando componer centones —colecciones de citas y frases célebres— se volvió una moda aristocrática. Vértigo y lentitud, quedarse y seguir, continuar leyendo y detenerse: extremos de una especie de ética de la lectura, inherente a las formas mínimas de la invención argumentativa. Quizás, esta sea la explicación de un fenómeno que asociamos a la recepción de pensamientos y formas breves. Disgregados entre intensas dosis de pensamiento, debemos fragmentarnos, abrirnos para que el silencio —el espacio en blanco— opere como lenitivo. No son pocos los lectores de Canetti, Cioran o Lichtenberg que se sienten obligados a tomar aliento entre uno y otro apunte o aforismo. Vivir entre fulgores, tal es el destino del lector de pensamientos.

Por otro lado, el carácter de colección, de selección arbitraria y heteróclita, se

evidencia en el hecho de que las ocurrencias del escritor y las citas, las anécdotas, las obras y las referencias externas tienen igual importancia. Las más dominantes, entre estas últimas, son aquellas alusivas al comportamiento de los animales, a otras culturas o al mundo prehistórico. Esto constituye la prueba de la vocación ancestral, y a la vez futurista, de los apuntes, que intentan ver en la ciencia, en las religiones y en las artes las formas posibles de experimentación humana y social. De tradiciones olvidadas, de historias perdidas y fuentes pasadas por alto, pero también de los atisbos de un descubrimiento, surgen las alternativas al presente oficial de muerte y destrucción que, a la larga, es el acicate del escritor.

Encontramos, por ejemplo, reseñas eruditas sobre las distintas concepciones y actividades asociadas a la muerte. La historia de las culturas, los ritos, las prácticas religiosas, las civilizaciones, el islam, el zen, las tribus prehispánicas, la Edad Media, pero también las anécdotas periodísticas, los artículos científicos que muestran las últimas investigaciones en biología y zoología, la literatura, la filosofía y las artes atraen a un Canetti archivista que recaba en todas esas fuentes para hallar vías en la arqueología de su tema definitivo. Canetti explora, por ejemplo, una costumbre zen. Según ella, las últimas palabras de los moribundos son consideradas por los monjes como poemas, sin importar la forma verbal que hayan tenido. O cita una de las observaciones de Marco Polo, quien anota que en uno de los pueblos que visita los padres casan a sus hijos muertos. A veces, se trata de rituales, de costumbres, de referencias perdidas en la historia de la cultura, que le indican a Canetti nuevas formas olvidadas de entender el suicidio, el asesinato, los funerales. La tarea es, entonces, la del saltador de caminos de la civilización, aquel que busca despojar al discurso de sus más preciadas pertenencias, las mismas que luego acumula y exhibe, en forma de citas, anécdotas o comentarios. Como por ejemplo, cuando practica una ingeniosa inversión: “El peor

delito no merecía la muerte, y sin el *reconocimiento* de la muerte nunca hubieran existido los peores delitos”. O como cuando urde un imposible cronológico: “Cada año debería tener un año más que el anterior. Un nuevo día en el que nunca ocurra nada, un día en el que nadie muera”.

Y es la muerte, precisamente, el tema dominante de los apuntes, especialmente en *El libro de los muertos*, una colección donde Canetti se dedica a especular con posibilidades individuales y sociales, con lo que podría ocurrir si pasara lo impensable, con la posibilidad de las posibilidades, esto es, que la muerte humana cesara de existir. Por eso, imagina variantes de diverso tipo: sociedades donde nadie muere, donde la gente no sabe qué es morir, donde los muertos dominan a los vivos. Observa el comportamiento de las hormigas sumergidas en el agua, que parecen volver a la vida sin mayor espaviento después de días, recuerda la actitud de los babuinos ante un compañero de la manada que ha caído. Leemos anécdotas sobre formas extremas —y extrañas, inventivas— de concebir y vivir la muerte. Como, por ejemplo, aquella que nos muestra a unos marineros chinos apresados por agentes portuarios canadienses, y a quienes les dicen que son reencarnaciones que ahora tienen nueva nacionalidad.

Ahora bien, la inquietud por la muerte, constante y obsesiva, tiene implícita una pregunta por la temporalidad humana y por la misma temporalidad del apunte y su lectura. De ahí que, como en ninguna otra obra, los apuntes se revelen como una duración para ser experimentada, una sucesión de cadenas posibles de palabras que obligan a la interrogación de la propia vida. “Siempre poseeré a pocas personas, para no tener que conformarme nunca con su partida” confiesa. Se trata de ficciones de la existencia que se vuelven societales, escenarios probables para ver si es posible lo que todos anhelamos, pero a veces tememos: que se pueda inventar maneras nuevas de vivir, en diálogo con una reconfiguración de la idea de la muerte. “A los inmortales les debería estar permitido

envejecer. De lo contrario nunca podrían ser realmente felices. Cada cual debería poder quedarse en la edad que más le guste”.

Estamos en el terreno de lo que podríamos llamar fantasías intelectuales, elucubraciones y ficciones que van más allá de las situaciones y que juegan con conceptos, ideas y valores que no merecerían ser considerados de manera abstracta, pero que corren el riesgo de dominarnos al hacer creer que se parecen a la verdad. “Mientras siga habiendo en el mundo hombres que no tengan *ningún poder*, puedo no desesperar del todo”. Son textos que derivan de la articulación privilegiada con la vida su capacidad para enseñar. Elaboraciones que buscan suscitar una respuesta, no de asombro racional, como en Borges, sino más bien de conmoción moral. No somos los mismos una vez salimos de los apuntes. Una transformación se ha operado, y esta atañe a la manera en que entendemos nuestra vida en comunidad. Se trata de una creatividad, de una capacidad inventiva, a la que solo cabría dar el nombre de “revolucionaria”, pues su cabal adopción implicaría una reforma radical de nuestras formas de sentir. En uno de los apuntes más bellos de su libro sobre la muerte, el aforista se pregunta qué pasaría si viendo a alguien dormir nos volviéramos incapaces de odio. ¿Podría extenderse este principio a todos los humanos? ¿Qué sucedería si, habiendo probado la utilidad de tal remedio, este se aplicara a toda la sociedad?

Aunque, a veces, la fantasía puede también producir esperpentos. Habla, por ejemplo, de alguien que consigue la facultad de dar años de vida a quien elija. No se queda allí. Imagina los efectos de tal fantasía. Se pregunta qué comportamientos sociales, qué estructuras administrativas y burocráticas, qué tipo de Estado y qué formas de comercio —legal e ilegal— podrían derivarse de ello. El apunte concluye en una especie de mercado negro de años, en tramitadores que se valen de su influencia para conseguir del personaje en mención años adicionales para ancianos adinerados. Como se sabe, Canetti es uno

No son pocos los lectores de Canetti, Cioran o Lichtenberg que se sienten obligados a tomar aliento entre uno y otro apunte o aforismo. Vivir entre fulgores, tal es el destino del lector de pensamientos.

de los mejores lectores de Kafka, a quien le dedicó un libro.

Esta disposición hacia la reinención de las relaciones humanas, no suficientemente explorada en sus posibilidades estéticas, le permite al lector de Canetti entender de otra manera temas inveterados como el tiempo, la libertad o la escritura. Los apuntes buscan replantear las relaciones sociales, las instituciones humanas y mostrarlas en su estado actual bajo una luz de extrañeza. Al combinar textos argumentativos con fábulas conceptuales y proposiciones estamos frente a la irrupción de dominios conceptuales que, como la antropología y la etología, se muestran claves para entender la preocupación moral de las formas ensayísticas y su interés por la invención de nuevas formas de vida. Así como, siguiendo a Lichtenberg, el lugar más seguro para que se pueda posar la mosca es el mismo matamoscas, el escritor piensa que el mejor lugar para intentar un escape a los dominios de la muerte es ella misma. Por ello, la asedia como tema, mostrando que otras maneras de entenderla y vivirla pueden llevar a sociedades distintas.

Un detalle estilístico, al parecer insignificante, merece un pequeño comentario. ¿Por qué aparece el verbo infinitivo en tantos apuntes de Canetti, especialmente en los que tienen que ver con el tema de la muerte? La respuesta no es fácil, aunque podríamos intentar una interpretación que ayude a mostrar la dimensión estética de la pregunta por la cultura, en juego con nuevos modos de vivencia y experiencia interhumana. ¿El infinitivo indica una posibilidad? Aquí, los verbos son del tipo “imaginar”, “pensar”. ¿Es una orden? Las palabras nos convocan a hacer, a emprender una obra, un amplio proyecto. ¿O es apenas un plan literario, algo que se deja pendiente

para una futura solución? Aquí, los apuntes de Canetti nos revelan su hermandad con el ensayismo, pues nos piden “esbozar”, “proyectar”, “especular”. “Vivir como si tuviéramos un tiempo ilimitado por delante. Citarse con gente para dentro de cien años”. O bien: “imaginar una muerte que no sea digna de lástima”.

Con ello, se arriba quizás a la más grande fantasía humanista, aquella en la que coinciden la ética, la invención utópica, el reformismo y el ensueño del contrato social: la de que, por alguna razón, el hombre deje de matar. Lo vemos en algunos de los más bellos pensamientos, y más potentes desde el punto de vista moral, los que imaginan posibilidades de que desterremos el asesinato, el expolio y el exterminio. Es fácil pensar que, por la época y los acontecimientos que Canetti debió presenciar, dos guerras mundiales y el exterminio judío —del que logró escapar con su familia— estas reflexiones sobre la muerte, estas fantasías sobre la abolición del imperio de la crueldad, hubieran derivado en el pacifismo. Como en Russell, el ensayo en tanto forma humanista por excelencia conlleva a la oposición radical ante la guerra, el instrumentalismo y una ciencia puesta al servicio del genocidio. La Paz es, por ello, la utopía definitiva, aquella forma de invención a la que debe aspirar el arte del apunte. Solo es posible una estética relacional que vea, en la cara del otro, como quería Levinas, “lo que nos impide matar”. Uno de los apuntes lo dice con más claridad: “La maldición de *tener que* morir debe ser transformada en una bendición: la de *poder* morir cuando vivir resulta insoportable”. ■

Efrén Giraldo (Colombia)

Ensayista y crítico. Jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad Eafit. Entre sus libros se cuentan *Entre delirio y geometría* y *La poética del esbozo*.